

los esclavos cristianos, ó los hubieren iniciado en su religión, deberán perderlos sin derecho á su precio, haciéndolos ingresar de nuevo en la religión cristiana.

El XV ordena que si algunos siervos del Erario hubiesen edificado y dotado alguna iglesia, el Obispo procurará que el Monarca confirme la donación.

Manda el XVI que los eclesiásticos y los jueces seculares procuren desarraigar la idolatría en toda España.

El XVII ordena á los mismos que impidan á los padres y madres quitar la vida á sus propios hijos, cuando son fruto de disolución: costumbre gentilica bastante común en España todavía en aquella época.

Ordena el XVIII que el 1.º de Noviembre de cada año se celebre un Concilio provincial, en el sitio que designe el respectivo Metropolitano, al cual deberán asistir los jueces de los pueblos é intendentes de los dominios reales para saber de boca de los Obispos la manera como deben gobernar sus pueblos. Los antiguos Cánones ordenaban la celebración de dos Concilios provinciales cada año, lo que era muy difícil realizar, por la dificultad de las comunicaciones y la pobreza de las iglesias.

Dispone el XIX que todas las iglesias sean administradas, de conformidad con los Cánones, por sus respectivos Obispos, aun aquellas que

hayan sido edificadas por otras personas con la condición de retener su administración los mismos fundadores.

El XX prohíbe á los Obispos imponer á los sacerdotes y diáconos la carga de trabajar en obras públicas ó aumentar las contribuciones que satisfacían las parroquias, ordenando que en todo se conduzcan con moderación y templanza.

Prohíbe también el XXI, bajo pena de excomunión, que los oficiales de la Real Casa obliguen á los siervos de las iglesias, de los Obispos y de los clérigos á trabajar en Obras públicas.

El XXII ordena que en los entierros de los cristianos únicamente se canten Salmos que manifiesten la esperanza de la resurrección; pero de ninguna manera canciones fúnebres, á estilo pagano, y sin golpes de pecho y otras manifestaciones por el estilo.

El XXIII prohíbe solemnizar con bailes y canciones profanas las fiestas de los Santos, debiendo celebrarse con la asistencia y fervorosa atención á los Oficios divinos, encargando á los Obispos y jueces seculares la extinción de aquellas costumbres paganas.

Terminados los trabajos del Concilio, cuyas actas firmó el Rey en primer término, pronunció san Leandro aquella celeberrima homilía, «canto de triunfo de la Iglesia española,» que algunos ponen al principio del Concilio, después de la abjuración de los Obispos y próceres arrianos,



siendo muy probable que hablara en ambas ocasiones.

El Rey y su piadoso tío escribieron al Papa san Gregorio comunicándole la celebración del Concilio y la conversión del pueblo visigodo, haciendo Recaredo fervientes protestas de adhesión al Vicario de Jesucristo y enviándole una embajada con ricos presentes. El gran Pontífice contestó á Recaredo en términos muy afectuosos, encareciendo sobremanera la gran obra realizada. Regaló al Monarca una cruz en la que había una pequeña porción del leño en que murió nuestro Redentor, con cabello de san Juan Bautista, y una llave hecha del hierro de las cadenas con que aprisionaron á san Pedro, tocada en el cuerpo del Santo Príncipe de los Apóstoles. Mandó también á san Leandro un palió para cuando dijera misa de pontifical. Mediaron estas relaciones, por lo menos, al año siguiente de la celebración del Concilio, pues san Gregorio no fué consagrado hasta el 3 de Septiembre de 590.

## VI

*Sobre la conversión de Recaredo*

HA existido en nuestra Patria una raza de hijos espurios, infiltrados del espíritu volteriano del pasado siglo, que á trueque de combatir á la Iglesia y sacar á salvo sus despóticos principios regalistas, ó de encubrir bajo las apariencias de un falso patriotismo su impiedad intolerante y ponzoñosa, dirigió terribles, pero mal fundados cargos, á Recaredo, llegando hasta el inconcebible extremo de aplaudir las persecuciones de Leovigildo y hasta la muerte de su propio hijo. Nada diríamos de ellos si desgraciadamente aquella planta exótica no hubiera producido retoños, que continúan sosteniendo en nuestros días aquella funestísima campaña. Por otra parte, muchos escritores extranjeros hacen á los nacionales coro en este punto, sin atender unos y otros al abandono en que dejan sus propias teorías. Y es que, cuando se trata de perseguir y calumniar á la Iglesia, todos los medios son buenos para ciertas gentes, porque el odio ahoga la voz de la razón, y no echan á ver las monstruosas contradicciones en que incurren, ó si lo notan, poco les importa, pues no tratan de esclarecer la verdad, sino de cubrirla de celajes y oprobio Así



hay quien dice que Recaredo procedió con refinada hipocresía al convertirse al Catolicismo, puesto que sus motivos [no fueron religiosos, sino mundanos, ya que no determinó su cambio de religión convicción personal alguna. Pero si Recaredo obró impulsado por motivos políticos, es decir, para conservar la corona en su cabeza, prueba evidentísima es de que la crisis religiosa había llegado á su período álgido, y que el Arrianismo se consideraba impotente para resistir la tormenta; esto es, que España era católica, y que la inmensa mayoría de la Nación soportaba la tiránica opresión de unos pocos, en beneficio de los cuales gastaban los Españoles su poderosa energía, sus vidas y haciendas; y lo que aun era más doloroso, que veían hollados, escarnecidos y perseguidos sus sentimientos religiosos. ¿Podía prolongarse tan humillante situación? De ningún modo. El derecho, la justicia y la fuerza, todo unido esta vez, estaba de una parte, y ésta era la oprimida. Era imposible, pues, que pudiera retardarse la hora de la justa, necesaria y reparadora reivindicación. Porque si á favor de causas que tenemos analizadas, los Visigodos habían podido en un principio apoderarse de España y tiranizarla á placer, sin la menor oposición de parte del pueblo español, justo es tener en cuenta que las circunstancias habían cambiado casi por completo, y que la población católica, regenerada por las persecuciones, arro-

gante y poderosa por la práctica fiel y constante de sublimes ideales, enemiga del despotismo por instinto y por carácter, henchida de magnánimos recuerdos, unida por la desgracia, fuerte é incontrastable por su fe en el triunfo, y sintiendo palpar en el fondo de su alma la energía necesaria para superar todos los obstáculos, continuar siendo digna de su gloriosísimo pasado, y enseñorearse del porvenir, no estaba dispuesta á soportar el yugo por más tiempo. Sentado este precedente, que es de mucha cuenta, confesamos de buen grado que Recaredo atendió, y con mucha diligencia, á motivos temporales. Pero ¿es esto suficiente á desvirtuar el acto del Monarca? Al contrario, habla mucho en su favor. Que los Reyes deben cuidarse, ante todo, de las cosas temporales de sus súbditos, ya que no son jueces de doctrina religiosa, y atender y satisfacer en cuanto quepa sus justas y legítimas aspiraciones. Ciertamente que los mismos motivos temporales veía, ó podía ver, Leovigildo, y sin embargo no se convirtió, al menos al principio; sino que, al alzarse por manera imponente y solemne cuando la conversión de Hermenegildo, los combatió sin desalentarse. ¿Por qué debía Recaredo temer aquellas fuerzas poderosas ya vencidas? ¿Sospechaba, acaso, que volvieran á imponerse? Pues era necesario impedir la lucha, dando satisfacción á los católicos en hora oportuna, cuando las concesiones pudieran agradecerse, no cuando el



triunfo definitivo las hiciera inútiles ó irrisorias.

Pero es evidente que, si bien el Rey tuvo en cuenta esos *poderosos motivos de la tierra, que amenazaban su corona*, su conversión fué sincera, y su convicción personal, la primera y principal causa de su cambio de religión. Recaredo, como Hermenegildo, era católico en el fondo de su corazón, católico el regazo en que durmió los sueños de la infancia, católicas, sin duda alguna, las primeras oraciones que sus labios dirigieron al Todopoderoso, católicos los admirables ejemplos de virtud que había presenciado durante su vida. Víctimas inocentes eran muchas de las perseguidas por su padre; los hermanos de su madre, modelos acabados de piedad, resignación, mansedumbre y sabiduría, y por fin había visto caer bajo el hacha del verdugo la noble cabeza de su hermano, á quien él amaba entrañablemente, y del cual había salido fiador para con su padre, contribuyendo, aunque inocentemente, al sacrificio. ¿Y cómo era posible que el nobilísimo corazón del Rey no se entusiasmara ante el sublime cuadro que la Religión católica ofrecía á su alma apasionada por todo lo grande y elevado? ¿Cómo su privilegiado talento no había de advertir la enorme diferencia, el notabilísimo contraste, que existía entre la caduca, mudable, grosera y corrompida religión de Arrio, y la juvenil, pura, inmutable y magnánima religión de Cristo? ¿entre el insoportable orgullo de los unos, y la pa-

ciente, pero digna, mansedumbre de los otros? ¿entre la holgazanería y supina ignorancia del pueblo arriano, y la poderosa laboriosidad y profunda ciencia del católico? ¿entre la refinada hipocresía y cortesana bajeza y sórdida avaricia del episcopado hereje, y la encantadora sencillez, las austeras virtudes, el generoso desprendimiento y evangélica caridad de los Obispos ortodoxos? ¿Cuándo ni dónde podía presentar el Arrianismo uno solo de sus prelados que pudiera compararse con los Leandros, Isidoros, Mausonas, Licinianos, Tonancios y otros mil que pudiéramos citar? ¿Acaso los que vendían su conciencia y se sometían sumisos á la despótica voluntad del Rey, cambiando á medida del gusto real los preceptos de su religión, como sucedió en el concilio arriano de Toledo, convocado por Leovigildo, cuando más ardorosa era la lucha, con el objeto de hacer apostatar á los católicos por sorpresa? ¿Acaso los que pasaban su vida arrastrándose á los pies del trono para alcanzar ricas prebendas, ó malgastar el tiempo en escandalosas intrigas, para satisfacer su desenfrenada ambición, como los usurpadores Nepope y Suna?

Tan arraigada y profunda era la convicción de Recaredo, que todos los actos de su vida llevan impresas la indestructible huella de su ardoroso sentimiento religioso. Negar esto equivaldría á negar la luz del sol. Si únicamente motivos temporales le hubieran decidido á cambiar de reli-



gión, es seguro que los efectos de tan gravísima mudanza no hubieran sido tan portentosos como fueron y tendremos ocasión de exponer. Antes de manifestar su decisión, fué perfectamente ilustrado por su tío Leandro; y para acabar de convenirse, si es que alguna incertidumbre torturaba su ánimo, reunió en su palacio aquella asamblea de Obispos católicos y arrianos, á cuyas discusiones asistió asiduamente, penetrándose bien de las razones que alegaban ambas partes contrincantes. Y aunque estamos plenamente convencidos de que semejante controversia fué mero aparato, esto mismo corrobora nuestra afirmación de que el Rey no abrigaba duda alguna acerca de cuál fuera la verdadera religión. Por otra parte, ¿quién no veía en aquel entonces desmoronarse con estrépito el carcomido edificio arriano? Mientras eran contados y de escasísimo mérito, y animados de verdaderas causas mundanas, ó de ruin cobardía (como Vincencio de Zaragoza), los católicos que ingresaban en las poco menos que desiertas filas arrianas, muchos visigodos de las primeras clases sociales ocupaban puestos preeminentes entre los católicos. Visigodos eran el gran Metropolitano de Mérida, Mausona, presidente del tercer Concilio de Toledo, y Beltrán de Cádiz y Bado de Granada. Y si éstos habían salido de las primeras gradas de la escala social, ¿qué podremos decir del pueblo, de aquel pueblo visigodo, que no opuso la menor resistencia al

cambio de religión? Y eso que el pueblo conserva ordinariamente con más pureza, energía y vigor el sentimiento religioso y nacional, porque sus pasiones no se hallan tan desnaturalizadas y bastardeadas por la ambición ni por la intriga, defectos comunes á las clases elevadas, sobre todo en unos tiempos en que todo se fiaba al imperio de la fuerza y de la astucia; así como residen también en ellas, cuando tienen conciencia de su noble misión, aquellas heroicas y magnánimas virtudes que son parte eficazísima á levantar el espíritu de las muchedumbres, y dirigirlo á la consecución de fines nobilísimos y empresas memorables. Y si observamos que la misma nobleza visigoda y el alto clero arriano aceptaron pacíficamente el cambio, salvo raras excepciones, pronto sofocadas, sacaremos la legítima consecuencia que el Arrianismo agonizaba, ó que sus adeptos eran hombres venales, que maldito el aprecio en que tenían su propia religión. Mas si alguno quisiere achacar este resultado al poder de la fuerza que dominó los alzamientos de Ataloco, Suna y Uldila, diremos que no debieran estar muy arraigados en el corazón del pueblo los sentimientos arrianos, cuando semejantes alteraciones no volvieron á repetirse ni por asomo, pues la intentona de Witerico demostró que era una locura pretender restaurar el Arrianismo, muerto ya para siempre, si no es que intenten resucitarlo los paganos de nuestros días, cómpli-



ces é instigadores de todas las herejías y enemigos de toda religión. De todas suertes era evidente que había sonado ya la última hora en el reloj de la Providencia para aquella burda religión, que minaba por su base la obra divina del Crucificado. ¿Cómo, pues, un rey tan prudente y de tan privilegiada inteligencia como Recaredo no había de ver lo que todo el mundo presenciaba?

En cambio el Catolicismo presentábase más pujante y valeroso que nunca: constituían los católicos la inmensa mayoría de la Nación, y la raza vencida era eminentemente superior á la dominadora por su ilustración y virtud, por su fidelidad y constancia, por su generoso espíritu de sacrificio, por su indomable sentimiento de libertad é independencia, por su desdeñosa altivez y soberano desprecio de la barbarie arriana, y por la incontestable firmeza de sus convicciones religiosas. Las amargas lágrimas de tantas almas inocentes, la desolación de tantas y fieles ovejas privadas de la amorosa dirección de sus pastores, las ruinas humeantes de la guerra, las terribles vicisitudes por que había atravesado la población católica durante tantos siglos, sin que hubieran podido doblegar su maravillosa entereza; tantas y tantas calamidades é injusticias pedían reparación. ¿Para quién, sino para la admirable firmeza católica, ha sido preparado el triunfo? Y es lícito pensar, aun á trueque de provocar la desdeñosa

sonrisa racionalista, que las tremendas plagas que afligieron á la Nación á raíz de la muerte de Hermenegildo (como las nubes de langostas que arrasaron cinco años seguidos el centro de España y los espantosos terremotos que conmovieron y desgajaron los Pirineos) eran justo castigo de Dios por las infamias cometidas. Y acaso ¿no nos patentiza esto mismo la conducta de Leovigildo poco antes de su muerte? ¿no llamó él mismo á los Obispos desterrados? ¿no mandó restituir á los conventos los bienes robados? ¿no se convirtió á la religión perseguida, ó por lo menos encargó á san Leandro la conversión de Recaredo? ¿no prueba todo esto que el mismo perseguidor comprendió que se había equivocado, esto es, que el Arrianismo era una falsa religión y sucumbía, y que la verdadera religión de Cristo, aunque vilipendiada y perseguida por los poderosos de la tierra, compenetraba ya todos los elementos sociales, y pedía el triunfo, ó mejor, que éste se imponía?

Poderosos motivos de otra índole exigían aquel cambio de religión. Porque como quiera que acababa de ingresar en la nación española todo un pueblo católico, el suevo, factor importantísimo, que si solo se había atrevido á medir sus armas con las del visigodo, no una sino varias veces, unido ahora á los católicos españoles era fácil prever que podría suscitar cuando quisiera dificultades tal vez insuperables, no convenía de



ningun modo dejar abierto el camino á inteligencias funestísimas que pudieran aniquilar en un día determinado todo el poder visigodo. Y si á esto agregamos que en las plazas de Levante y Mediodía dominaban los católicos bizantinos, súbditos de un imperio poderoso y vencedor, que había aniquilado á los Vándalos y Ostrogodos, siendo además por el Norte una amenaza constante la invasión franca, sobre todo en aquellas circunstancias en que al deseo de conquistas iba unido el sentimiento de venganza que devoraba el corazón de la animosa y desgraciada Brunequilda por la muerte de sus hijos Hermenegildo é Ingunda, claro está que los peligros se agigantaban. Y que era necesario prevenirlos, á nadie cabía duda, pues ¡ya hemos visto, aun á pesar de la conversión de Recaredo, que Gonttram de Borgoña conservaba íntegro en su alma el odio inveterado que ¡los Francos profesaron siempre á sus rivales. Y si á pesar de todo los descendientes de Clodoveo se empeñaban en la lucha, no era difícil prever que, sin el auxilio de la población católica, su desastre hubiera sido inevitable. Mas ¿qué hubiera sucedido si las arremetidas de los Francos hubieran hallado eco en el país y sido secundadas por Bizantinos, Suevos, católicos y próceres visigodos descontentos?

Porque si bien es cierto que la nobleza visigoda, al aceptar pacíficamente la sucesión de Re-

caredo, había abdicado su más preciado derecho, el que formaba, por decirlo así, la índole y carácter propios del pueblo germano, el más antiguo de cuantos le quedaban, sobre todo desde el comienzo de sus correrías, sancionado por costumbre uniforme y constante, el derecho de elección, en fin, no podía escapar á la perspicaz penetración de Recaredo que causas pasajeras habían producido aquel resultado; que los nobles toleraban de mal grado aquella especie de usurpación de sus más caras prerogativas, sintiéndose además muy irritados por la humillante situación á que los había reducido la férrea mano de Leovigildo; y que su carácter díscolo y brutal aprovecharía cualquier circunstancia favorable para recuperar sus codiciadas preeminencias. ¿Y quién no estaba al tanto de la manera ordinaria como sabía aquella nobleza turbulenta asegurarse sus derechos? ¿Acaso podía olvidar Recaredo que de diecisiete antecesores suyos en el trono visigodo español, siete habían caído á los terribles golpes de los puñales asesinos, siendo cinco únicamente los que acabaron de muerte natural?

Patente estaba á los ojos de todos que una monarquía arriana bajo el imperio de tan contrarias y poderosas circunstancias era insostenible. Y no sólo ya para dar satisfacción á su conciencia, no sólo para coronar las legítimas aspiraciones de todo un pueblo, sino para buscar también sólido apoyo contra las turbulencias de los grandes, para



cortar de raíz todo motivo de luchas intestinas, para hacer á la Patria grande y respetada en el exterior, para asegurar, en resumen, la corona en su cabeza, se exigía aquel cambio de religión. Sabía muy bien el Rey, no sólo por propia experiencia, sino también por los consejos de su tío, que para fundar la unidad nacional, sin la cual no puede existir Estado alguno, era ante todo necesario constituir la unidad religiosa.

Al parecer, también fué éste el pensamiento de Leovigildo; pero la pasión religiosa lo cegó, y no pudo darse cuenta exacta de las circunstancias de su tiempo, ó si la tuvo se empeñó en obrar contra todos los dictámenes de la prudencia política y de la conveniencia de la Nación. Cierto que logró al fin la paz tan deseada, y vió coronados sus esfuerzos por un triunfo más aparente que real, pero ¿á qué precio? A costa de la generosa sangre de su hijo, á cambio de enormes injusticias, á trueque de la paz de su conciencia. ¿Por cuánto tiempo? Por poco seguramente. Porque como aquella victoria y aquella unidad fueron ficticias, como fundadas en la fuerza y en el error, el fuego ardía bajo las cenizas, los sentimientos estaban comprimidos, pero no aniquilados, y á lo lejos aparecía el horizonte cubierto de celajes pavorosos. Quieren algunos suponer que Leovigildo no luchó movido por pasión alguna religiosa; que no tenía mala voluntad á los católicos, sino que todos sus esfuer-

zos se enderezaron á purificar la índole propia, el genuíno carácter del pueblo visigodo, salvando á éste de la absorción católica que le amenazaba, que su empeño se redujo á aniquilar todo espíritu de oposición, para unir y encauzar las fuerzas de la Patria, y someterlas á su activa, enérgica é inteligente dirección. Si tal pensamiento tuvo, se engañó miserablemente, como se engañan sus ilusos admiradores, que aplauden su conducta en este punto. Que Atanarico luchara desesperadamente contra la invasión del Arrianismo, al que consideraba como corruptor del carácter nacional de su pueblo, se comprende; pero que Leovigildo imitara su conducta, no deja de ser una torpe necedad. Porque mal se podía unir lo que de sí era opuesto y discordante; y si la religión era parte á modificar las notas características de la nacionalidad germana (lo que es mucha verdad, respecto de ésta y de todas las razas), es necesario convenir en que poco más podía hacer el Catolicismo de lo que ya había hecho el Arrianismo, verdadero enervador del pueblo visigodo, por haber inoculado en su seno sus vicios y defectos. Así, pues, tanto los que achacan á Leovigildo aquellos peregrinos propósitos, como los que culpan á la Iglesia de la pérdida de la nacionalidad hispano-visigoda, no deben absolver al Arrianismo de los defectos que suponen inherentes á la verdadera religión, con respecto á aquella raza germa-



na, y de los perjuicios que le ocasionó; sino subir un poco más y extasiarse con el espectáculo idolátrico de la selva germana, si consecuentes quieren ser con su sistema; y hasta, generalizando la cuestión, defender de una vez, despreciando todas las *desventajas* de la civilización (como ya lo hicieron sus más conspicuos maestros) el estado de natural barbarie, según ellos, propio de la humanidad, dejándose de progresos indefinidos y otras monsergas por el estilo; imitar la púdica desnudez de nuestros primeros padres, arrojados del Paraíso, y adornar sus cabezas con plumas de pavos silvestres, como los indios seminolas y los patagones, por ejemplo. Mas lo cierto es que la culpa de todo la tuvo el pueblo visigodo, por no haberse quedado roturando los bosques del centro de Europa, si quería sustraerse á la influencia de la civilización hispano-romano-cristiana, lo mismo que á la del terreno y clima meridionales, tan opuestas á la aridez y nebulosidades germánicas. Pero como sabemos muy bien qué fin persiguen todas esas habilísimas exploraciones del ánimo de Leovigildo, no podemos pasar por alto, sin solemne protesta, en nombre de los más caros derechos de la humanidad, que escritores modernos, admiradores de una libertad fabricada para su uso particular, aplaudan el pensamiento de Leovigildo de reducir á miserable esclavitud, á insultante despotismo, á todo un pueblo heroico, por el *gran cri-*

*men* de ser católico, en beneficio de una falsa y torpe religión y de una raza inepta para la cultura y enemiga de la vida social; ni tolerar, por tanto, que se anteponga el poder de la barbarie y de la fuerza al imperio del derecho, de la justicia, de la verdadera civilización y de los intereses de la Patria.

Mas digan cuanto quieran esos modernos detentadores de toda clase de derechos, esos *generosos* defensores de todas las injusticias, cuando la tiranía no los oprime, gloria imperecedera será del gran Rey católico haber sabido asentar sobre base incommovible la nacionalidad española; y nunca será bien alabada su conducta, ni bien elogiados sus merecimientos, por toda clase de verdaderos españoles, aún por aquellos que, atribuyéndolo todo á los hombres, sin acertar á ver en la marcha de los humanos acontecimientos la intervención de la mano justa y reparadora de la Divina Providencia, que se complace en elevar á los pueblos que practican su ley santa y en deprimir á los que la escarnecen, tienen todavía un resto de pudor, y son consecuentes con sus propias teorías; aún por aquellos obcecados sostenedores del absurdo, impío é irracional sistema de que es lícito cuanto desea el pueblo, con el mismo derecho con que sostenía Federico Barbaroja que la voluntad del príncipe constituía la ley, con la misma justicia con que imponía Constancio su feroz despotismo al Con-



cilio de Milán: *Mi voluntad; he aquí vuestros cánones; ó la obediencia, ó el destierro: lo que yo quiero debe ser para vosotros una ley de la Iglesia.* El error, aunque revista muchas formas, es de una misma naturaleza.

Pero los católicos estamos ya curados de espanto, y sabemos lo que significa esa algarabía democrática ó esos extemporáneos pujos regalistas, por fortuna hoy día casi abandonados, al menos en teoría. Sabemos perfectamente que los extremos se tocan, porque los une y compenetra un mismo sentimiento: el odio desenfrenado á la Iglesia de Jesucristo. Aleccionados por una larga y dolorosa, pero fructífera, experiencia, no podemos olvidar que tan demoleadora es la piqueta revolucionaria como la coyunda de hierro de la tiranía ilustrada; el gorro frigio, como el bonete del jurisconsulto, cuando los domina la saña contra la verdad; y que, á despecho, de todos, la nave de san Pedro continúa su triunfal carrera, y la continuará hasta la consumación de los siglos.

El más solemne mentís que pudiéramos arrojar al rostro de esa pandilla de difamadores, cuyo principal empeño consiste en falsear la Historia, forzando la significación de los hechos, para amoldarlos á sus teorías ó intereses, hasta el punto de que ya en su tiempo pudo decir De Maistre que *la Historia era una vasta conjuración contra la verdad*, es el magnífico retrato que san Isidoro nos dejó de Recaredo, y el inmenso cúmulo

lo de bienes que produjo su gloriosísimo reinado.

«Tenía, dice aquel gran Santo y sapientísimo Prelado, tal gracia en el semblante, y poseía tal bondad, que se ganaba el afecto de todo el mundo, y ejercía un atractivo irresistible sobre sus enemigos, y hasta sobre los malvados. Era tan desprendido, que restituyó espontáneamente los bienes que su padre había confiscado á los particulares y á las iglesias, condonando muchas veces los tributos á sus súbditos. Compartía sus riquezas con los desgraciados y menesterosos, pues sabía muy bien que Dios le había dado el reino para promover la felicidad de su pueblo.»

Comprendiendo aquel gran Rey que no podía hacer de España una nación grande y poderosa mientras no desapareciera la bárbara división de razas, se dedicó con ahinco á fundir la rudeza germánica en el crisol de la civilización hispano-romana; por lo que dice una crónica que concedió á los españoles y romanos los mismos derechos que tenían los visigodos; pero con tanta parsimonia y exquisito tacto, que no suscitó ningún enojo, dejando á salvo el carácter guerrero de su pueblo, y fomentando las apreciables cualidades de ambas razas; con lo que el reino hispano visigodo, gracias á la cultura de los Españoles, que dió un paso de gigante bajo la decidida protección de aquel nobilísimo monarca, se adelantó muchos siglos en la senda de la verdadera civilización.